



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

EL CASERO



- ¿Cuánto renta ese piso segundo?
- ¿Va usted á vivir sola?
- Sí, señor.
- Pues.... nada.
- Gracias. ¡Ah! Le advierto á usted que algunas veces irá á visitarme mi tío Aniceto....
- ¡Ah, entonces veinticinco duros!

SUMARIO

Tatro; De todo un poco, por Luis Taboada.—Enigmas, por José Estremera.—La lucha estéril, por Luis de Ansoarena.—Palique, por Clarín.—Nocturno, por José Jackson Veyan.—El ejemplo, por Enrique Segovia Rocaberti.—Adamas, por Simón Delgado.—El licenciado Verdugo, por José María de Luna.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.
GRABADOS: El casero, por Cilla.—Cuaresma, por Metachis.—Los por tergados, por Cilla.



¡Qué vida ésta tan cómoda!

Sale uno del Carnaval, y tiene por precisión que entrar en la Cuaresma.

Acaba usted, como quien dice, de faltar á las prescripciones del Decálogo, y puede lavar sus culpas con el potaje de espinacas, que es una especie de cocimiento de belladona salpicada de garbanzos.

—Pequemos, porque, al fin y al cabo, mañana es Miércoles de Ceniza y comienza la regeneración de la carne por medio del ayuno y la oración—dice uno el martes de Carnaval por la noche.

Da gusto ser creyente, porque nos queda tiempo para todo: para pecar y para arrepentirnos.

—Manolo, no nos lancemos en brazos del mal—dice nuestra compañera de baile, deteniéndonos en el camino de perdición que hemos emprendido.

—No seas tonta, Gertrudis—contestamos filosóficamente.—Vamos á bailar esta *galop* y á comernos un *beefs-teacké* con mucha mostaza, que mañana será otro día.

Y pecamos hasta dejarlo de sobra, confiando siempre en que Dios lo perdona todo, y en que el bacalao es una leña moral que nos deja limpios de toda mancha.

Algún joven conocemos que ha andado por ahí durante los cuatro días de Carnaval, vestido de perro, abrazando á las criadas y á los municipales, y prorrumpiendo en interjecciones horribles, y hoy acude á los ejercicios piadosos lleno de unción, á fin de arrepentirse en cinco minutos y ver si se salva.

Mientras dirige al cielo los ojos y oye la palabra sublime del presbítero, dice hablando para sí:

—Parece mentira que sea yo aquel calavera que penetraba disfrazado de Satán en una cacharrería de la calle del Salitre, á pretexto de comprar un puchero de boca ancha, y trataba de seducir á la cacharrera, aunque sin fruto. Si el hombre no tuviese el freno de la religión, ¿adónde iría á parar?

Por muy impío que uno sea, no puede menos de convenir en que es necesario un freno.

Quitadle el freno al vizconde del Relincho, verbigracia, y veréis cómo se deshoca y cómo echa en olvido los preceptos de la sana moral; mientras que ahora, sometido al *bocado* de la Cuaresma, quiere galopar por el camino del pecado, y no puede.

El que desee conocer toda la importancia que tiene la Cuaresma en las costumbres y en el porvenir de la humanidad, que apoye la frente en ambas manos y medite, como pensamos meditar nosotros después que hayamos terminado este artículo.

Y mientras tanto, pasemos á otro asunto.

Al del submarino *Peval*, por ejemplo, que está excitando la curiosidad pública y produciendo discusiones acaloradas en los cafés, porque hay persona que idolatra al inventor, como si lo hubiese llevado en sus entrañas, y no permite que se dude del resultado de sus experiencias.

—Pero, D. Tirso, esperemos....—se le dice con buenos modos.

—No, señor; no permito que se dude, porque soy español....

—Corriente.

Y todos los españoles estamos en el caso de creer á pies juntillas en la solución del problema. Y el que lo niegue, no es hombre, ni patriota, ni persona fina.

Sabemos de varios sujetos que piensan dedicar poesías al ilustre marino, y hasta hay alguno que trata de componer una polka mazurka y lanzársela al rostro como muestra de homenaje al genio; de suerte que ya le ha caído que hacer al inventor del submarino, porque entre los discursos de las autoridades, las poesías de los trovadores y las piezas musicales de los pianistas aventajados, no va á tener momento de reposo, y se meterá muchas noches en la cama diciéndo con amargura:

—¡Diablo! La gloria es cosa agradable, pero voy á ver si consigo una Real orden prohibiendo las manifestaciones artísticas, porque de lo contrario temo que me entierren entre todos mis entusiastas.

Aquí no se puede ser persona importante y vivir tranquilamente.

Hay una porción de sujetos que se pasan la vida felicitando al que está en la altura, y en cuanto saben que á Martos le ha salido la barba, ó que se ha casado un senador, que le ha desaparecido la erupción del cuello á un individuo de la comisión del sufragio, ya están escribiéndole cartas expresivas y ofreciéndose para todo.

¡Ay! El egregio marino, que á sus grandes méritos suma el de la transigencia y la discreción, debe hallarse á estas horas muy aburrido, porque las cartas de felicitación menudean, las visitas se suceden sin descanso, y hay hombre que le sigue como un faldero, con ánimo de ver si aprovechando un descuido puede estrecharle contra su corazón para poder decir después á los amigos:

—¿Quién? ¿Peral? He tenido la honra de apretarle contra mi seno, y no le he cortado un mechón de cabellos porque no he querido, que lo demás....

El mes de Marzo se presenta húmedo y nebuloso, como la imaginación de una escritora romántica que hay en mi provincia.

Ella, lo mismo que el firmamento, vierte lágrimas frías y ocasiona dolores de cabeza en el vecindario.

Lo del mal estado atmosférico no puede cortarse, porque esos son designios de la Divina Providencia; pero respecto de las escritoras románticas, podría haber una disposición del Gobierno que les cerrara las puertas del periodismo, porque es cosa averiguada que la emigración á América del Sur está sostenida por la publicación de ciertos poemas que salen á la luz en Galicia.

La gente los lee y toma pasaje para Montevideo, huyendo de la plaga.

Yo he recibido por el correo un ejemplar de *Frutos del olvido*, poema en prosa, original de la romántica preinserta, y juro á Dios que no he de leerle, por mucha que sea mi desesperación, pues me han contado que en el capítulo II muere un sujeto á consecuencia de una tisis complicada con los celos, y en el canto V fallece la madre y una cabra que se había criado con el protagonista....

En fin, que la obra es una sucesión de desgracias horribles, y bastante tiene uno con sus dolencias propias y con este tiempo cruel, sin que venga además la literata esa á rociarnos con su ternura.

¡Hasta ese punto podían llegar las bromas!....

LUIS TABOADA.

ENIGMAS

¿Por qué entró en el convento sor Lucía?
Porque, antes de sus quince primaveras,
sus padres le dijeron que tenía
el mismo vocación de todas veras.
En el claustro no halló penas ni encantos;
siguió tan niña el paternal consejo.

que dejó las muñecas por los santos,
sin tiempo de mirarse en el espejo.
Como nada la pobre conocía
del mundo, y no sabía
que una mujer se entierra
cuando llega a tomar el santo velo,
pensando muy de veras en el cielo,
nada e había de menos en la tierra.

II

Una noche de Enero, hermosa y clara,
estaba en su ventana sor Lucía
meditando lo bien que se estaría
tras la bóveda azul que nos separa
de ese bien eternal que el alma ansa.
Y una vez, al mirar al firmamento,
que estaba por la luna iluminado,
con extrañeza vio sobre un tejado
a Mirza, la gatita del convento;
la oyó dar un maullido prolongado,
á una queja de amores parecido,
y oyó poco después por otro lado
un *miau* enamorado
que sonó como música en su oído.

III

Sor Lucía y sor Ana,
dejando sus quehaceres,
tenían en el huerto una mañana
una conversación algo profana;
que las monjas, al cabo, son mujeres.
—Yo conservo en el alma,—le decía
sor Ana á sor Lucía—
con extraña emoción que no me explico,
el dulce *rumor* de dos palomos
que vi sobre un bardal, pico con pico.
—¡Extraño caso y singular recuerdo!—
sor Lucía objetó.—También me pierdo
en raras confusiones
pensando en las diversas emociones
que en lucha interminable
convierten nuestra calma:
recuerdas tú un arrullo inexplicable....
¡Ay! Pues yo tengo un *miau* dentro del alma.

JOSÉ ESTRALMEZA.

LA LUCHA ESTÉRIL

I

—El mundo todo es miseria,
y pues la gloria es mi anhelo,
para llegar hasta el cielo;
he de vencer la materia;
y como va el corazón
siempre en pos del falso brillo,
sólo así se encuentra el bien
que mi dicha ha de colmar...
¡Nunca pueden deslumbrar
destellos que no se ven!—
Y, tomando como cierto
lo que era un error acaso,
para evitarse un mal paso,
huyó el buen Juan á un desierto.

II

—Vencer en la soledad
es mérito bien pequeño...
Quien mira el mal como un sueño,
¿no ha de tener sanidad?...
Bueno que se muestre ufano
quien la victoria asegura
viviendo entre la locura
con el pensamiento sano,
mas quien, lejos del vaivén
del mundo, sereno vive,
como ejemplar no recibe
del mal, se le impone el bien...
El que demuestra temor
y escoge un camino suave
es... un santo que no sabe
si puede ser pecador...
Yo ante el vicio no me arredro;
juego el todo por el todo...—
Y, pensando de este modo,
lanzóse en el mundo Pedro.

III

Al principio vivió Juan
en esa quietud profunda

del hombre á quien no circunda
el ambiente del afán.
Pero después, fué lo cierto
que, aunque quiso resistir,
el alma empezó á pedir...
lo que no hay en un desierto.
Y en vano invocaba el nombre
de Dios, pues, con hondo espanto,
vió entre delirios de santo
surgir flaquezas del hombre;
y, loco por la pasión,
dejó aquellas soledades,
para formar realidades
de ansias de imaginación.

IV

En constante bacanal
pasaba Pedro sus días,
estudiando en las orgías
los desenfrenos del mal;
mas siendo testigo mudo
de aquella torpe licencia,
pues llevaba en su conciencia
el más formidable escudo...
Hasta que en una ocasión
perdió ante el placer la calma,
y encontróse al fin el alma
unida á la tentación;
pudiendo advertir después
que es esperanza ilusoria
querer escalar la gloria
si están sujetos los pies.
Y tras el loco ardimiento
con que al placer se entregó,
con honda tristeza vio
nacer el remordimiento;
y el pobre, desde aquel día
sorprendióse muchas veces
de que mezclaba las preces
con los ruidos de la orgía.
Y al cabo, ya convencido
de que es un error muy grande
que el instinto no demande

las dichas que ha presentado,
enmendar su desacierto
de un mudo calal procura,
dando á su fatal locura
la soledad del desierto.

V

Huyó, pues; pero el destino,
contrario siempre á su afán,
hizo que encontrase á Juan
en la mitad del camino.
—¿Dónde vas?—le preguntó.
—Buscando el placer profundo
voy desde el desierto al mundo—
el otro le respondió.
—¿Al mundo? ¡Qué loco estás!...
Tu ímpetu ciego detén...
No lo dudes; lo sé bien,
por venir de donde vas...
Tu suerte es la dulce suerte
del que jamás ha albergado
ese anhelo del pecado
que hace ceder al más fuerte;
pues tú, pensando en razón,
tomaste tus precauciones...
¡Quien vive entre las pasiones,

parece en la tentación!...
Vuelve, pues...—(¿Tú me aconsejas
lo que no hiciste?—Sí, tal;
yo, que, asustado del mal,
voy hacia el sitio que dejas,
que en el aguarido el consuelo
de olvidar pecados graves
y hallar caminos más suaves
para llegar hasta el cielo.
No resistí de la prueba
los porfidosos rigores...
Los propósitos mejores
la tentación se los lleva,
y al final de la partida
el remordimiento nace,
y poco á poco deshace
todo el placer de la vida...
quedando sólo un dolor
que despedaza y oprime...
Conque ahora, pobre Juan, dime
si hay otra angustia mayor...
—¿Mayor que ésta? Sí, en verdad—
respondió el otro al momento.—
¡La orgía del pensamiento
que sueña en la soledad!

LUIS DE ANSOENA.

PALIQUE

SR. D. ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

Mi estimado compañero: ¿Dónde tendría yo la cabeza cuando, fiándome de la pícara memoria, dije que usted había escrito «cuya consecuencia» en vez de decir que había escrito «cuyo antecedente»? No, y lo que es parecer, se parecen el antecedente y la consecuencia por lo mismo que son contrarios. Pero usted, que es listo y va, ó viene, de buena fe, reconoce que para el caso del *cuyo* era lo mismo uno que otro. Eso no quita que yo sea un aturdido en ocasiones; lo soy; recibo la lección y callo.

Y vamos á nuestra discusión.

El parralillo es éste: «Quizá peca de desigual esta sinfonía, pero llega á veces á *tal* grandeza, *cuyo* antecedente sólo puede hallarse en Beethoven.»

Usted dice que el *cuyo* está mal, y yo digo (y juro y perjuro) que no. Lo que hay que cambiar es el *tal*, que no puede usarse ahí por causa del *cuyo*.

Prueba al canto: yo, quitando el *tal* y poniendo otra palabra, otra sola, dejo eso bien, significando lo mismo; usted, dejando el *tal*, no puede sustituir el *cuyo* por otra palabra sola. Pruebe usted.—Yo digo: «...pero llega á veces á *una* grandeza, cuyo antecedente sólo puede hallarse, etc.» Y usted tiene que decir, por lo menos, «á *tal* grandeza *que su* antecedente sólo puede hallarse, etc.» Y en rigor, no sólo suple una sola palabra, muy propia, con dos, sino que cambia la idea algo, pues en la variante de usted, el valor ponderativo, como usted dice, del *tal* tiene que apoyarse en la comparación de la grandeza de Beethoven, y en mi variante, más conforme con la idea del autor, lo de Beethoven es una salvedad que se hace en justicia para que no se crea que se *pondera* la grandeza de que se trató como superior á la grandeza de lo que se reputa tan grande, por lo menos.

El *cuyo* antecedente no tiene pero, no, señor; no hay manera mejor ni más breve de decir lo que se quiere decir; ¿qué culpa tiene el *cuyo* de que le quieran juntar con lo que no puede él juntarse?

No crea usted, Sr. Peña y Goñi, que es perder el tiempo hablar de estas cosas.

¿Concibe usted que se pueda entender de música sin saber lo que son escalas, tonos, compases, fusas, semicorcheas, bemoles y demás?

Yo tenía un amigo que por ir de balde al teatro, se metió á crítico de zarzuelas, y todo se volvía hablar en los periódicos de la voz *blanca* de la Fulana y de la voz *oscura* de la Perengana, y resultó que en materia de pentagrama á él le estorbaba lo negro. ¡Despreciaba las semicorcheas!

La literatura tiene también sus habas contadas. Decir «bajo la base,» como dice algunos académicos, y decir «pretendidos,» como dicen otros, y los de antes, y decir «debe» por «debe de,» y viceversa, son disparates que no pueden pasar y de que es bueno murmurar para que se vayan corrigiendo.

El *deber* por *deber de*, de algún tiempo á esta parte ya se va desechando por algunos escritores, gracias á lo que se ha predicado acerca del caso en estos últimos años. Verdad es que á lo mejor los cajistas le corrigen á uno la plana.

La cuestión del *cuyo* es de las más importantes en esta materia, por ser uno de los vicios más arraigados al emplear este pronombre en vez de *el cual*, «este,» etc.

Parecía que usted quería corregir el «cuyo antecedente» por creer mal empleado el relativo *cuyo* ahí; y como está perfectamente, por eso yo....

CUARESMA



—Tu vete á confesar todos los días,
pero no vuelvas á comer judías!



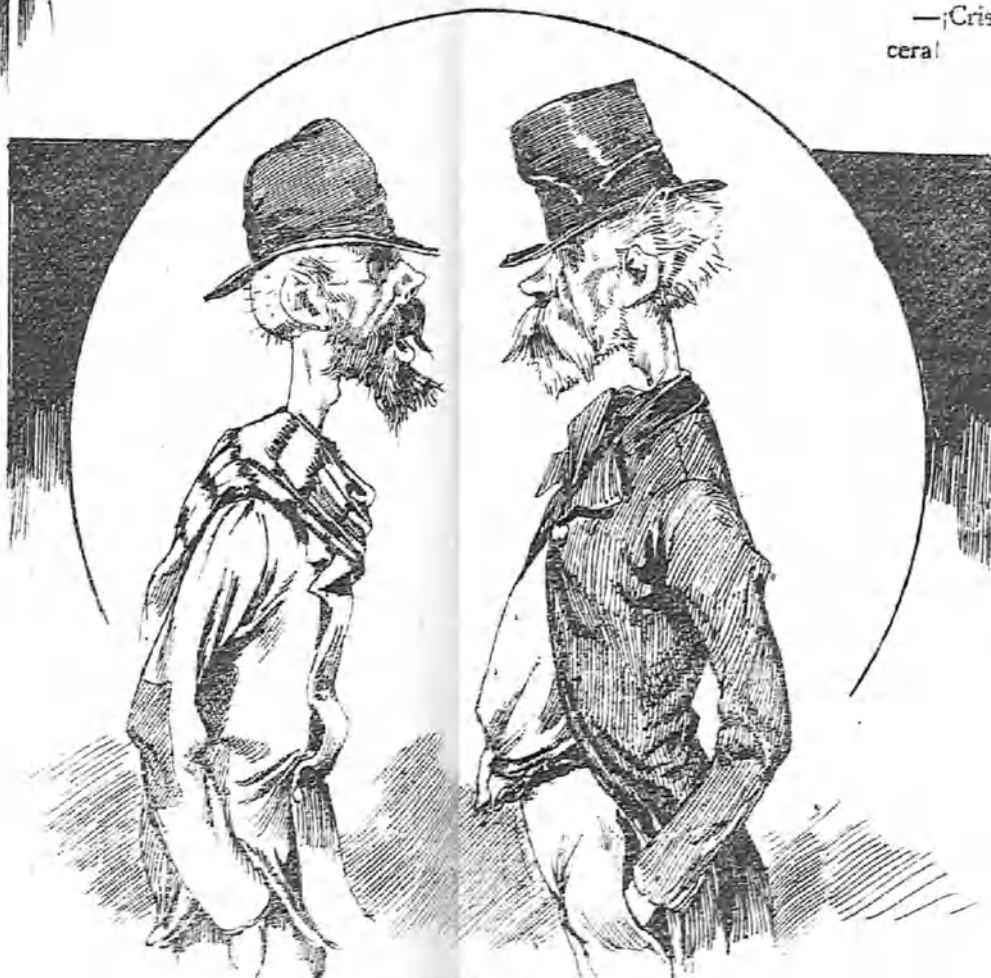
Llegaron los días
del rudo trabajo,
novenas arriba,
sermones abajo...



Santa Edugis y yo nos parecemos en que
huimos de los varones... y en que los varones
huyen de nosotras.



—¡Cristo padre! ¡Cómo me voy á poner de
cera!



—¡Cuanto siento no poder comer carne en
estos días!

—¿Por qué?

—¡Porque no tengo *buñol*!



Si le digo al cura
lo del otro día,
va á decir que tengo
mucho picardía.



Un señor que aprovecha
las ocasiones
y se pasa los días
entre pendories.

La gramática de la Academia revienta con la razón cuando dice en la página 219 (edición de 1880): «El pronombre *cuyo* hace relación á persona ó cosa ya nombrada ó que se nombra inmediatamente; siempre indica posesión ó pertenencia; no es, en último resultado, sino el genitivo latino *cuius*, y en castellano equivale á *de quien ó del cual*, etc., etc.» Y también dice bien la gramática oficial cuando escribe (pág. 282) que es craso desatinado decir: le regalo un aderezo, *cuyo* aderezo era de brillantes; y que en cambio está bien esto:

Esclavo soy, pero cuyo
eso no lo diré yo,
pues cuyo soy me mandó
no dijese que era suyo.

(Lo cual, por cierto, recuerda el principio de la canción de Fortunio en *El Capuleto*, de Musset.)

«Soy esclavo, pero no diré de quién, porque la persona de quien lo soy me lo ha prohibido.» Es verdad, eso significa la coplita, y en nuestro ejemplo el *cuyo antecedente* significa el antecedente de la cual, de la grandesa de la sinfonía, etc. Esos «*cuyo caso*» que oímos y leemos tantas veces, casi siempre son disparates. ¡Ah! Y por supuesto, también los usan los académicos.

Si usted no se ha convencido, Sr. Peña y Gofí, con lo dicho, consulte usted con persona más perita que yo.

Por último: no es razón para que esté mal el *cuyo* y no el *tal*, puesto que son incompatibles, el que el *tal* vaya primero. Ese *cuyo*, para decir lo mismo que se dice exactamente, es inmejorable, y sólo puede sustituirse por un «antecedente de la cual...» que tampoco es compatible con el *tal* de antes, que necesita un *que*, y con ese *que* no se puede decir lo que se quiso decir. En cambio el *tal* puede sustituirse por *uno*, y todo queda como estaba. Luego sobra el *tal*. Para dar á la frase el valor *ponderativo* de que usted habla, había que decir cosa del todo diferente, después de la palabra *grandesa*.

Perdone usted, amigo Peña y Gofí, pero ya comprenderá que me importa demostrar que no hablé á humo de pajas.

Lo del *Diccionario de la música* no quería decir nada contra la erudición de usted. Pocas cosas conozco más cursis que el abominar de los diccionarios técnicos, enciclopédicos, etc. Son uno de los adelantos más notables de la vida literaria moderna, de los más útiles... y ¿hemos de renegar de ellos? Lo absurdo es darse tono con erudición tomada de un diccionario; pero ¿no es absurdo también darse tono con lo aprendido en tres ó cuatro tratados especiales... ó ciento? En punto á erudición, todo lo que no sea trabajo de primera mano es hoy ya, gracias al progreso, igualmente fácil, secundario y de un mérito que no debe evanecer á nadie.

Conste, pues, que cuando yo aludía á ese diccionario de la música hablaba con el corazón, porque efectivamente desearía tener uno bueno.

No necesito que usted me diga quién es usted. Ya lo sé yo, y le advierto que nadie me ha hablado mal de Peña y Gofí y que... pero estas cosas sí que no le importan al público. Lo del *cuyo* sí, ¡siempre! Y el público, y usted y yo y todos haremos bien en no decir nunca pretencioso, ni desapercibido por inadvertido en lo de *extrañar* hay, tal vez, sus más y sus menos) (I. Sin contar con que el «*me extraña*» de que usted habla no es reflexivo, como usted dice. Para ser reflexivo, diría «*me extraño*», y eso nadie lo usa.

El hablar como manda la gramática no cuesta trabajo. El trabajo está á veces en averiguar si la gramática verdadera manda uno ó otro. De todas maneras, usted hace bien en tomar en serio estas *cuestiones* (otra palabra de las que no quieren admitir algunos, en este sentido, y que ya está admitida, porque no es un disparate, sino un barbarismo que sólo necesitó tiempo y parentesco con el castellano para hacerse buena).

Gracias por sus ofrecimientos, recibidos análogos y cuente con la amistad de su afectísimo compañero,

CLARÍN.

NOCTURNO

(DIÁLOGO DE AMOR)

La luna su luz refleja
en los hierros de una reja
de la calle de Amaniel:
testigos, una pareja,
hembra *ella*, y varón *él*.

Quieren sus labios juntar
sin poderlo conseguir,
y empiezan á suspirar,

ella queriendo salir,
y *él* queriéndose colar.

Ambos pintan su dolor
con el más negro color,
y ante tanta pesadumbre,
la reja está que está lumbré
con el fuego del amor.

La joven es pura y bella,
noble y apuesto el doncel;
escuchemos su querella,
y lo que la dice *él*,
y lo que replica *ella*.

—Por tu amor suspiro y lloro;
tú eres mi único tesoro,
y vengo aquí á proponerte
que ambos nos demos la muerte.

¡Mira, mi bien, si te adoro!
Tu padre, torpe y tirano,
me niega tu blanca mano.
¡Morir debemos los dos,
y que nos perdone Dios,
y que Él perdone al anciano!
Su egoísmo criminal
con nuestra sangre se goce.

¡Mira aquí el arma fatal!...

(Sacando una pistola.)

¡Dos tiros: fuego central,
y con calóre del doce!

¡En la celeste mansión
aún podemos ser felices!...

—¡Arturo, por compasión,
no me pongas el cañón
tan cerca de las narices!

—¿Acaso el morir te altera?...

—No oprimas el arma fiera.

—No ves, Arturo querido,
que va á dar mucha ruidó
matarnos de esa manera?

—De cortar tus penas trato.

—No es tan fácil, insensato,
morir á un tiempo...

—¡Si lo es!

—¿No ha de serlo?... ¡Yo te mato,
y tú me matas después!

—¡Armas de fuego emplear?...

—Es la muerte menos vil.

—Pero es la más militar.

¡Un empleado civil
no se debe fustiar!
—Si lo del tiro no encaja,
cortará nuestro tormento
otra arma que pincha y raja...

(Echando mano al bolsillo.)

—¡No! ¡No saques la navaja,
que me asusta ese instrumento!

—¿Es posible que prefieras
vivir?...

—No; no es que me importe
la muerte y sus ansias fieras.

¡Mátame con lo que quieras
que no pinche y que no corte!

—Otra arma tienes delante
que nos viene de perillas,
y ni corta ni es punzante.

(Sacando una caja de cerillas.)

—¡Una caja de cerillas!...

—¡Legítimas de Cascante!

Traguémonos cada cual
una cantidad igual.

—¿Y lo dices tan sereno?...

—No adviertes que es un veneno
que debe saber muy mal?

—Busca tú muerte más cierta.

—Mi padre no se despierta,
y aun hay medio de arreglarnos.

—¿Con qué vamos á matarnos?...

—¡Con la llave de la puerta!

¡Salgo á verte sin temor;
tú me abrazas con furor,
yo te estrecho en fuerte lazo,
y apretamos el abrazo
hasta morirnos de amor!

—No sé lo que pasaría,
pero aunque ambos se estrechaban
para darse muerte impía,
al amanecer estaban
los dos vivos todavía.

JOSÉ JACKSON VEYAN.

EL EJEMPLO

El suicidio del príncipe Rodolfo
(¡Dios le haya perdonado!),
como acontece siempre en casos tales,
provocará otros varios.

Siempre han sido funestos los ejemplos
que vienen de lo alto,
y lo será el del misero archiduque,
como está archiprobado.

Ya un *commis-voyageur* ha roto el fuego
contra su propio cráneo,
por hallarse del príncipe suicida
en idéntico caso.

Bien decía anteanoche un académico
de los commelierianos:
«¡Una barbaridad no viene sola...
y hay aquí mucho bárbaros!»

El malogrado príncipe Rodolfo
es hoy, por su fin trágico,
el ídolo de todos los que lloran
amores contrariados.

¡Amar á una mujer, que no es la propia,
y ser por ella amado,
y convertir en amoroso túmulo
el adúltero tálamo!

¡Apagar, sin rencor, dos existencias
de dos pistoletazos!
¡Qué final tan glorioso de una vida
y qué final de acto!

Yo ya sé de una cándida pareja
que va á dar ese paso;
ella es una corista, sin contrata,
y él es figle, casado.

—Si me quieres—el figle la decía,—
matémosnos entrambos.

—¿Por qué?—la chica preguntó asustada,
huyendo de sus brazos.

—Porque no puedes ser, ni aun civilmente,
mi esposa, y yo te amo;

(*) En un escritor y crítico de fama he leído que no se debe decir «*me extraña*» por «*me extraño*». Campeamos debe de ser de esta opinión, pues dice: «que no me extraño—que solo por las aves y las flores—tengo el palacio envidio á la cabeza.»

porque me halló del príncipe Rodolfo
en idéntico caso.

La joven baronesa, que le amaba
con amor insensato,
no vaciló. ¿Vacilarás tú siendo
madrileña y del Rastro?

¡Que no se diga, Pepa, que en España
ya no hay enamorados
que mueran, como en Austria, sonrientes,
de dos pistoletazos!

Se quedó pensativa la muchacha,
sin hablar un buen rato,
y por fin exclamó, con noble arranque
—¿Qué tengo yo que ver con los austriacos?

E. SEGOVIA ROCAPERTI.

ADUANAS

—Has de saber, Antoñito,
que en un valle que no nombro
había dos hormigueros,
separados uno de otro
por un arroyo pequeño,
pero de bastante fondo.
Bueno. Y el caso es que un año,
por circunstancias que ignoro,
no pudieron las hormigas
de la izquierda hacer su agosto,
mientras las de la derecha
trabajaron de tal modo
que rehusaban los viveres
por galerías y sótanos,
y hasta tiraron el trigo
que les servía de estorbo.
—¿Y por qué no se lo dieron
á las otras?

—Poco á poco;
ya has olvidado que el agua
se lo impedía del todo?
Pues bien, pasada la crisis,
pensaron: —Por si el demonio
hace que esto se repita
y el compromiso es más gordo,
debemos hacer un túnel
por debajo del arroyo.
De esta manera podemos
auxiliarnos bien y pronto,
y es más difícil el hambre
teniendo cerca el socorro.

Y empezaron las tareas
con un entusiasmo loco.....

Pero á medida que el túnel
iba siendo largo y hondo,
la faena era más ruda
y el trabajo más penoso.
Hundimientos, filtraciones
y desdichas y destrozos.....
A cada paso un obrero
moría entre los escómbros,
y cada grano de arena
costaba casi un tesoro.....
Pero ¡adelante! ¿qué importa?
El caso es que, poco á poco,
se fué concluyendo el túnel
y, al fin, se acabó del todo.

—¡Bravo! ¡Ya los hormigueros
tenían camino corto
para conjurar las crisis,
prestándose mutuo apoyo!
—Sí, pero ¿sabes qué hicieron?
—Yo no, pero lo supongo.
—Pues pusieron unos guardias
en los respectivos cotos
para oponerse, por medio
de gabelas y de embrollos,
á que pasaran los trigos
desde un hormiguero á otro.
—¿Caramba! ¿Trabajo inútil!
—Y, vamos á ver, Antonio,
¿qué opinas de esas hormigas
que se portan de ese modo?
—Que son tontas.

—¿Sí? Pues, hijo,
lo mismo hacemos nosotros.

SINESIO DELGADO.

EL LICENCIADO VERDUGO

En una asquerosa estancia
que una guarida semeja,
donde los muebles de lujo
con los plebeyos alternan,
amarrado á una poltrona
desvenejada y maltrecha,
ambos puños en el rostro
y ambos codos en la mesa,
está don Dimas Verdugo
el de las felinas tretas,
aun más mezquino que *Cabra*
y más frágil que *Vidriera*;
el que á los tontos embanca,
el que á los tercios enreda
y el que al licenciarse en leyes,
hizo de la ley licencia.

Á través de unos cristales
que verdes ojos penetran,
descifra de un mamotreto
las enmarañadas letras,
y al brillar en su mirada
alguna intención aviesa,
es que el latrocinio encubre,
ó es que al inocente acecha.

Los cabellos en desorden
denuncian una cabeza
donde se agita revuelto
todo un presidio de ideas,
y en el pecho, levantado
por emociones violentas,

el engaño y la avaricia
vil contubernio celebran.

Á veces un diablo artista
con toques de su paleta
pinta en su faz angulosa
una aborrecida mueca,
y al mojar la pluma en tinta
negra como su conciencia,
dibuja algún garabato
que el claro sentido tuerza.

Ora ríe, y su sonrisa
á las claras manifiesta,
ó que la malicia triunfa,
ó que la inocencia rueda,
siendo de notar su ceño,
donde los pliegues aprietan
una idea que se escurra:
ó alguna intención que vuele.
Ladrón le apellida el pueblo,
hombre *listo* sus colegas,
y *ladrón listo* le llaman
los que rectamente piensan.

Un sello de hipocresía
llevan sus mañas arteras,
y empalga sus infamias
con alardes de vergüenza;
que está el pudor muy barato
y hay muchos hombres que entregan
lo que *bajo se coliza*
porque en muy poco se aprecia.

Tal es Verdugo el letrado,
el de la sucia birreta,
el que en la toga se emboza
para cubrir su miseria.

el que á los gansos despluma
y pluma de buitre aprieta,
y el que viste su decoro
con harapos de conciencia.

JOSÉ MARÍA DE LUNA.



Tiene Esperanza Alarcón
relaciones con Ruperto,
del cual sólo sé de cierto
que es vago de profesión.
Buscando colocación
él asegura que viene
hace ya tiempo, y sostiene,
con un descaro que choca,
que, en tanto que él se coloca,
la esperanza le mantiene.

SALVADOR ROLDÁN.

De una revista de salones:
«Se sirvió una abundante y suculenta cena. El *buffet* estuvo abierto
toda la noche. Excusado es decir lo selecta que era la concurrencia.»
¡Por Dios! ¡Eso es ofender á la *crème*!
¿De modo que si no hubiera habido *buffet*: la concurrencia no hubiera
sido selecta? Hombre, eso será verdad, pero no deben ustedes decirlo!
Yo creí que el párrafo iba á terminar de esta otra manera:
«El *buffet* estuvo abierto toda la noche. Excusado es decir..... que nos
pusimos como el chiquillo del esquilador.»

Y vaya de revistas de salones:
«Cerca de las seis de la mañana salían anoche los invitados al baile, etc.»
Basta. Si salían anoche, no salían á las seis de la mañana, y si salían á las
seis de la mañana, no salían anoche. Entendámonos, porque mientras no
nos entendamos, tendremos los corazones oprimidos.

¡El mundo está perdido!
de tal manera,
que hay quien tiene una novia
pantalonera
con intenciones
de que le cosa gratis
los pantalones.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Pocarropa.—Salvo que no es soneto, ni los versos están bien medidos,
ni tiene gracia..... está bien.

No voy.—¡Demonio! Ese asunto es para tratado en secreto.
Sr. D. J. L.—Madrid.—Dispense usted, no puede ser de mi agrado. Es
malito el romancillo ése.

Sr. D. J. R. C.—Madrid.—No herrar, pero dejar el banco..... para
aprender á herrar.

Chigarabís.—Ese asunto le ha desarrollado lo mismo exactamente
Fernanfior, en un artículo titulado *El dominó negro*.

A. Z.—¡Oh, no! Están mal medidos casi todos los versos.
Sr. D. J. L.—Sevilla.—Pues ésa es muy mala. Para que usted se en-
tere. Y no se dice *tenebrosa*.

Manolo.—¿Que eso es buen asunto?
¿Que eso es poesía?
¡Dispensa, Manolo,
que no lo sabí!

Todola.—Empalaga tanto calor. Sin contar con que la cosa no tiene
gracia.

P. P. CC. P. DD.—Yo no he leído eso, pero tiene un saborcillo clásico
que parece indicar que lo ha tomado usted de algún poeta antiguo. ¡Y
estoy escamado!

Juanito.—Gracias por el acróstico, pero sería inmodestia publicar eso.
Don Belianís de Grecia.—Tienen algunas incorrecciones; pero usted
puede hacerlo bien.

Año Dco.—Se hace pesado el romance. No sé en qué consiste, pero se
hace pesado.

Q. E. Racha.—Aun no puede publicarse eso.
Sr. D. A. C.—Alicante.—Como el chiste consiste sólo en una palabra
de doble sentido, y no se ve hasta el final, resulta un poquito larga la
composición. De ahí no se puede hacer más que un epigrama.

Robinson.—¡Caramba! ¡Qué filosófico!
Marte.—Váyase usted, amigo Marte,
con las copias á otra parte.

P. L. L.—Hasta ahora no son consonantes *casto* y *gato*. Espérese usted
á ver si lo son después de Pascua.

Mil.—Demonios de á caballo que se lo lleven.

MADRID, 1889.—Imprenta de Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa,
calle de la Libertad, núm. 16.—Teléfono 934.

Los postergados



—¿Hago una comedia? No me la admiten.
 ¿Hago un libro? No se vende. Pues me voy a
 dedicar á la crítica menuda, hablando de los
 hermanos Goncourt, y á Dios le voy á encen-
 der el pelo!

ANUNCIOS

TIT. V. FAURE.—

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERARIOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Estranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se
sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden
hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de
fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los tim-
bres móviles.A los señores corresponsales se les envían las liquida-
ciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no
hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes
siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primera izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPANÍA COLONIAL

PREMIADA EN LA EXPOSICIÓN DE BARCELONA
CON

CUATRO MEDALLAS DE ORO

CHOCOLATES.—CAFÉS MOLIDOS
TAPIOCA.—BOMBONES

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL: MONTERA, 8

MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINISIO DELGADO

DIBUJOS DE GILIA
FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DCS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo,
que se vende á los precios siguientes:Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no
suscriptores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscrip-
tores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas
ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo,
elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.